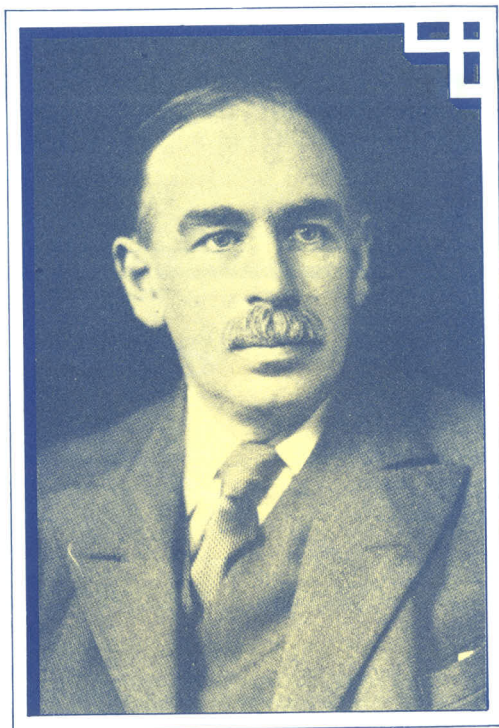


J.M. Keynes

LAS POSIBILIDADES ECONOMICAS DE NUESTROS NIETOS*



I

ESTAMOS sufriendo precisamente ahora un ataque inadecuado de pesimismo. Es corriente escuchar a muchas personas la afirmación de que la época del enorme progreso económico, que fue la característica del siglo XIX, ha pasado para siempre; que la rápida mejora del nivel de vida está ahora haciéndose más lenta por doquier y en cualquier caso en Gran Bretaña; que una caída de la prosperidad es más vero-

símil que una mejora en la década que se encuentra ante nosotros.

Creo que ésta es una interpretación extraordinariamente equivocada de lo que está sucediendo. Estamos sufriendo, no el reumatismo de la vejez, sino los crecientes dolores que acompaña a los cambios excesivamente rápidos, del dolor del reajuste de pasar de un período económico a otro. El incremento de la eficiencia

* Este ensayo se presentó por primera vez en 1928 como una charla ante varias sociedades, incluyendo la «Essay Society of Winchester College» y el «Political Economy Club de Cambridge». En junio de 1930 Keynes amplió sus notas, transfor-

mándolas en una conferencia titulada «Posibilidades Económicas de Nuestros Nietos», que pronunció en Madrid. Apareció en forma literaria en dos partes en *Nation and Athenaeum*, 11 y 18 de octubre de 1930, en plena depresión económica.

técnica ha tenido lugar más rápidamente que la velocidad con que tratamos nuestros problemas de la absorción de trabajo; la mejora del nivel de vida ha sido demasiado rápida; los sistemas monetario y bancario del mundo han estado impidiendo que el tipo de interés disminuya con la rapidez que requiere alcanzar el equilibrio. E incluso así, el despilfarro y la confusión subsiguientes no afectan más que al 7,5 por 100 de la renta nacional; estamos confundiendo un

chelín y seis peniques de cada libra y nos quedan solamente 18 chelines y 6 peniques (*N. del T.*: entonces se contaban los peniques por el sistema antiguo, i.e. 240 por libra; ahora son 100 peniques solamente), cuando si fuéramos más sensatos podríamos tener una libra esterlina; no obstante, los 18 chelines 6 peniques equivalen a la libra de hace cinco o seis años. Olvidamos que en 1929, la producción física de la industria de Gran Bretaña fue mayor que nunca y que el superávit neto de nuestra balanza



EL PORVENIR ECONOMICO DE NUESTROS NIETOS

Una conferencia de Keynes en España



Caricatura por Bagaria.

Desde el 8 al 12 de junio de 1930, invitado por el Comité Hispano-Inglés, el gran economista británico John Maynard Keynes hizo una corta visita a España. Corta pero intensa porque le dio tiempo a pronunciar una conferencia en la antigua Residencia de Estudiantes, a conceder varias entrevistas a distintos diarios españoles y a conocer y a valorar la tierra y la cultura españolas.

La conferencia de Keynes respondió a un título que sorprendió al auditorio, pues tuvo el valor de hablar en plena crisis sobre «El porvenir económico de nuestros nietos», una prueba indubitable del gran optimismo keynesiano.

Este no era un tema del que Keynes se ocupaba por vez primera. Había atraído ya su atención en dos intervenciones anteriores en el Winchester College y en el Club de Cambridge. Keynes perfiló las ideas antes expuestas por él en Madrid dando origen a un trabajo brillante —como casi todos los suyos— en el que bajo la capa de una historia contada con humor subyace un pronóstico sólidamente fundamentado sobre el porvenir del sistema capitalista. Como «ensayo notable» lo

ha calificado Samuelson que destaca el acierto de las previsiones realizadas por Keynes en Madrid hace más de medio siglo.

En su estancia en Madrid Keynes concedió dos entrevistas a dos grandes diarios madrileños de aquel tiempo: «El Debate» y «El Sol». Tres son los temas fundamentales que destacan al leer retrospectivamente sus respuestas:

1.º La gravedad de la depresión que entonces se iniciaba. Keynes aparece preocupado por la intensidad de la crisis y por la falta de una conciencia general sobre este punto en todos los países y en especial en Estados Unidos: «El mundo comienza a darse cuenta desde hace algunas semanas de que estamos pasando por una de las mayores depresiones de la industria que se han conocido... Las empresas están sufriendo importantes pérdidas por doquier. Esta caída de los negocios afecta igualmente a los Estados Unidos de Norteamérica, pero ocurre que en aquel país no parecen tomarse la situación tan en serio como fuera menester y esto constituye, sin duda, un elemento peligroso».

2.º La importancia del consejo económico para la política. Keynes afirmó una y otra vez que nada es más importante para el porvenir de un país que el desarrollo de una fuerte escuela de economía.

3.º Pese al grito de alerta keynesiano sobre la depresión de 1929 dado en Madrid y que los acontecimientos posteriores van a mostrar tan fundado, Keynes confiesa su invariable optimismo por la situación económica a largo plazo basado en la acción de la técnica y la acumulación de capital. La actuación de esas fuerzas es la que da el argumento a su conferencia pronunciada en Madrid y que incluimos en este número de PAPELES.

La conferencia de Keynes en Madrid fue juzgada muy favorablemente por «El Sol» que destacó su «amenidad y la belleza de la exposición en un tema que muchos creerían árido». «El Debate», por el contrario, discrepó de este juicio. Juzgó la intervención de Keynes como «una brillante fantasía donde la labor del hombre de ciencia o investigación no luce por ninguna parte». Resulta aleccionador comprobar hoy, medio siglo después, cómo las profecías keynesianas realizadas en Madrid y juzgadas —desde la dura circunstancia de una depresión en el país subdesarrollado que era entonces España— como «fantasías sin rigor» por «El Debate» se han cumplido en gran parte según han probado con «rigor» —después— los análisis estadísticos de un Colin Clark o de un Simon Kuznets.

exterior disponible para nuevas inversiones exteriores, después de pagar la totalidad de nuestras importaciones, fue mayor el año pasado que el superávit correspondiente de cualquier otro país, en realidad un 50 por 100 mayor que el de los Estados Unidos. O de nuevo —si esto pudiera ser una cuestión de comparaciones— supongamos que tuviéramos que reducir nuestros salarios a la mitad, repudiar los cuatro quintos de la deuda nacional y atesorar nuestro superávit en lingotes de oro en lugar de prestarlo al 6 por 100 o más, nos pareceríamos a la muy envidiada Francia de la actualidad. ¿Pero sería esto una mejora?

La depresión mundial reinante, la enorme anomalía del desempleo en un mundo lleno de necesidades, los desastrosos errores que hemos cometido, nos ciegan ante lo que está sucediendo bajo la superficie —impidiéndonos alcanzar la verdadera interpretación de las tendencias de los hechos—. Basándome en ellos me atrevo a predecir que los dos errores opuestos del pesimismo, que ahora hacen tanto ruido en el mundo, resultarán equivocados en nuestro propio tiempo: el pesimismo de los revolucionarios, que creen que las cosas están tan mal que nada nos puede salvar más que un cambio violento y el pesimismo de los reaccionarios, que consideran el equilibrio de nuestra vida económica y social tan precario, que no debemos arriesgarnos a hacer experimentos.

La finalidad de este ensayo, sin embargo, no es examinar el presente o el futuro próximo, sino desembarazarme de los criterios miopes y volar hacia el futuro. ¿Cuál podemos esperar razonablemente que sea el nivel de nuestra vida económica dentro de un centenar de años? ¿Cuáles son las posibilidades económicas de nuestros nietos?

Desde los más tempranos tiempos de los que tenemos datos —digamos dos mil años antes de Jesucristo— hasta los comienzos del siglo XVIII, no se produjo realmente ningún gran cambio del nivel de vida del hombre corriente, que habitaba en los centros civilizados de la tierra. Ciertamente se produjeron alzas y bajas. Llegadas de plagas, épocas de hambre y guerras. Intervalos dorados. Pero no progreso, no cambios violentos. Unos períodos quizás son un 50 por 100 mejores que otros —todo lo más un 100 por 100 mejores— en los cuatro mil años que terminaron en el año del Señor de 1700.

Esta tasa de progreso lenta o falta de progreso, se debía a dos razones: la notable ausencia de importantes mejoras técnicas y la imposibilidad de la acumulación de capital.

La ausencia de importantes inventos técnicos entre la era prehistórica y los tiempos relativamente modernos es en verdad notable. Casi todo lo que verdaderamente importa y que el mundo poseía al comienzo de la era moderna ya era conocido por el hombre en el amanecer de la historia. El lenguaje, el fuego, los mismos animales domésticos que tenemos hoy día, el trigo, la cebada, el vino y el olivo, el arado, la rueda, el remo, la vela, la piel, el lino y los paños, ladrillos y ollas, oro y plata, cobre, estaño y plomo —y el hierro se añadió a la lista antes del año 1000 antes de Jesucristo—, la banca, el estado, las matemáticas, la astronomía y la religión... No existen datos de cuándo poseímos todas estas cosas por primera vez.

En algún momento antes del amanecer de la historia —quizá incluso en uno de esos cómodos intervalos antes de la última era glacial— tiene que haber existido una era de progresos e inventos comparable a aquella en la que vivimos hoy. Pero durante

la mayor parte de la historia escrita no hubo nada de esa clase de acontecimientos.

La era moderna se inició, creo yo, con la acumulación de capital, que comenzó en el siglo XVI. Pienso —por razones que no deben ser incluidas en este trabajo, pues nos desviarían de su principal propósito— que el comienzo de esa moderna acumulación fue debida a la subida de los precios y a los beneficios a los que esa reducción de precios produjo. Alza de precios ocasionada por las remesas de oro y plata desde el Nuevo Mundo al Viejo Continente traídas por España. Desde aquellos tiempos hasta hoy el poder de la acumulación por los intereses compuestos, que parecen haber estado durmiendo durante muchas generaciones, renació con renovada fuerza. Y el poder del interés compuesto durante doscientos años es tal que supera todo lo imaginable.

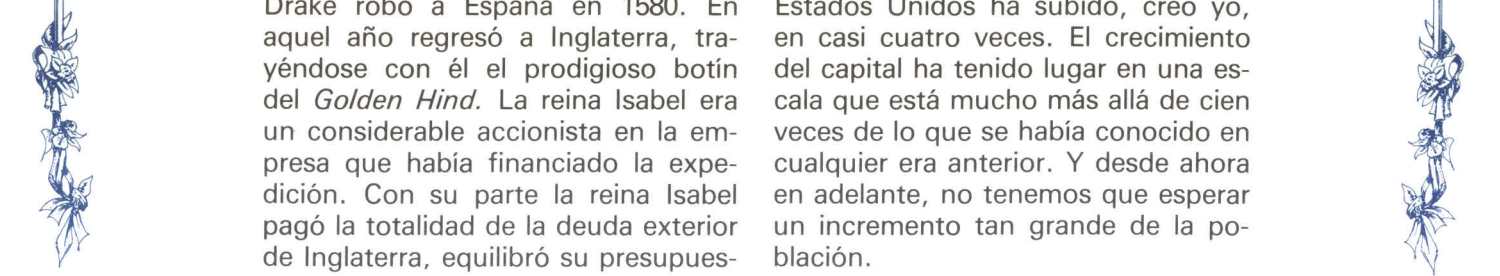
Voy a ofrecer un ejemplo de este poder que he elaborado. El valor de las inversiones extranjeras de Gran Bretaña hoy se calcula en unos 4.000 millones de libras esterlinas. Esto nos da una renta a la tasa del 6,5 por 100 aproximadamente. La mitad de esa renta la traemos a casa y la disfrutamos; la otra mitad, es decir, el 3,25 por 100, dejamos que se acumule en el extranjero a interés compuesto. Una conducta de este tipo ha venido realizándose durante unos 250 años.

Creo, en efecto, que los comienzos de la inversión británica en el exterior se hallan en el tesoro que Drake robó a España en 1580. En aquel año regresó a Inglaterra, trayéndose con él el prodigioso botín del *Golden Hind*. La reina Isabel era un considerable accionista en la empresa que había financiado la expedición. Con su parte la reina Isabel pagó la totalidad de la deuda exterior de Inglaterra, equilibró su presupues-

to y se encontró con unas 40.000 libras esterlinas en la mano. Invirtió esa cantidad en la *Levant Company*, que prosperó. Con los beneficios de la citada compañía, se fundó la *East India Company*; y los beneficios de esta gran empresa fueron los cimientos de la subsiguiente inversión exterior de Inglaterra. Así resulta que las 40.000 libras acumuladas al 3,25 por 100 de interés compuesto corresponden, aproximadamente, al volumen actual de las inversiones extranjeras de Inglaterra en varias fechas y equivaldrían realmente a la cifra total de 4.000 millones, que ya he citado como las inversiones extranjeras actuales. Así, cada libra esterlina que trajo Drake al país en 1580 se ha convertido en 100.000 libras. ¡Ese es el poder del interés compuesto!

Desde el siglo XVI, con un *crescendo* acumulativo después del XVIII, empezó la gran era de la ciencia y de los descubrimientos técnicos, que desde principios del siglo XIX ha estado en pleno florecimiento: carbón, vapor, electricidad, petróleo, acero, caucho, algodón, las industrias químicas, la maquinaria automática y los métodos de producción en masa, la radiotelegrafía, impresión, Newton, Darwin y Einstein y millares de otras cosas y hombres demasiado famosos y conocidos para hacer una lista breve.

¿Cuál es el resultado? A pesar de un enorme crecimiento de la población mundial, a la que ha sido necesario dotar de viviendas y máquinas, el nivel medio de vida en Europa y Estados Unidos ha subido, creo yo, en casi cuatro veces. El crecimiento del capital ha tenido lugar en una escala que está mucho más allá de cien veces de lo que se había conocido en cualquier era anterior. Y desde ahora en adelante, no tenemos que esperar un incremento tan grande de la población.



Si el capital aumentara, por ejemplo, un 2 por 100 anual, el equipo de capital del mundo habrá aumentado en la mitad en veinte años y siete veces y media en un centenar de años. Pensemos lo que eso significa en términos de bienes materiales: viviendas, transportes y otros bienes y servicios.

Al mismo tiempo las mejoras técnicas en la industria manufacturera y en los transportes han ocurrido a una tasa mayor en los últimos diez años que en cualquier época anterior. En los Estados Unidos la producción *per capita* en las empresas industriales fue un 40 por 100 mayor en 1925 que en 1919. En Europa vamos por detrás por obstáculos transitorios, pero incluso así, no es arriesgado afirmar que la eficiencia técnica está aumentando a más del 1 por 100 anual acumulativo. Hay pruebas de que los cambios técnicos revolucionarios, que hasta ahora han afectado principalmente a la industria, pronto pueden producirse en la agricultura. Puede que estemos en vísperas de mejoras de la eficacia de la producción de alimentos tan grande como aquellas que ya han tenido lugar en la minería, manufacturas y transportes. En unos pocos años —quiero decir en nuestras propias vidas— podemos ejecutar todas las operaciones de la agricultura, minería y manufacturas con la cuarta parte del esfuerzo humano al que estamos acostumbrados.

De momento, la misma rapidez de estos cambios nos está dañando y está planteando problemas difíciles de resolver. Los países que están sufriendo más son los que no se encuentran en la vanguardia del progreso. Nosotros estamos siendo castigados con una nueva enfermedad, de la que algunos de los que me leen pueden no haber oído todavía su nombre, pero de la que oirán mucho en los años venideros, a saber:

desempleo tecnológico. Esto significa desempleo debido a nuestro descubrimiento de los medios para economizar el uso del factor trabajo sobrepasando el ritmo con que podemos encontrar nuevos empleos para el trabajo disponible.

Pero esto es solamente una fase temporal del desajuste. Todo esto significa, a largo plazo, que *la humanidad está resolviendo su problema económico.* Anticipo que el nivel de vida en las naciones progresivas, dentro de un siglo, será entre cuatro y ocho veces más alto que el de hoy. Eso no sería sorprendente incluso a la luz de nuestros conocimientos actuales. Y en cualquier caso no sería disparatado contemplar la posibilidad de un progreso todavía mayor.

II

Supongamos, en beneficio del razonamiento, que dentro de un centenar de años estuviéramos, por término medio, ocho veces mejor en sentido económico que lo que estamos hoy día. Ese supuesto no debe considerarse sorprendente.

Ahora bien, es verdad que las necesidades de los seres humanos parecen ser insaciables. Pero se dividen en dos clases: aquellas necesidades que son absolutas en el sentido de que las padecemos cualquiera que sea la situación de nuestros conciudadanos y aquellas que son relativas, cuando las sentimos solamente si su satisfacción nos eleva, nos hace sentirnos superiores a nuestros conciudadanos. Las necesidades de la segunda clase, aquellas que satisfacen el deseo de superioridad, verdaderamente, pueden ser insaciables; pues cuanto más alto es el nivel general, más altas son aquellas todavía. Pero esto no se aplica a las necesidades absolutas: punto que se puede alcanzar pronto, antes quizá de que nos

demos cuenta todos nosotros, cuando esas necesidades son satisfechas en el sentido que preferimos dedicar nuestras energías adicionales a fines no económicos.

Expondré ahora mi conclusión, que, como se verá, es sorprendente y al mismo tiempo accesible.

Mi conclusión es que, suponiendo que no se produzcan importantes guerras ni incrementos grandes de la población, *el problema económico* puede resolverse o por lo menos puede estarse a la vista de su solución, en un plazo de cien años. Esto significa que el problema económico no es —si pensamos en el futuro— *el problema permanente del género humano*.

¿Por qué, se pueden preguntar ustedes, es tan sorprendente? Es sorprendente porque —si, en lugar de pensar en el futuro, pensamos en el pasado— vemos que el problema económico, la lucha por la subsistencia ha sido siempre hasta hoy el problema más acuciante del género humano —no sólo del género humano, sino de todo el reino biológico desde los comienzos de la vida en sus formas más primitivas.

Hemos sido expresamente creados por la naturaleza —con todos nuestros impulsos y nuestros instintos más profundos— con el fin de resolver el problema económico. Si este problema se resolviera de pronto, la humanidad se vería privada de su finalidad tradicional de siempre.

¿Será esto un beneficio? Si se creyera en los valores reales de la vida, la perspectiva, por lo menos, nos abre la posibilidad de un beneficio. Pienso, sin embargo, con temor en el reajuste de los hábitos e instintos del hombre corriente, alimentados por incontables generaciones, pidiéndosele que los abandone en unos cuantos decenios.

Usando el lenguaje de hoy día, ¿no hemos de esperar un «hundimiento nervioso»? Ya tenemos un poco de experiencia sobre lo que quiero decir con ello: un desplome nervioso que ya es bastante corriente en Inglaterra y Estados Unidos en las esposas de las clases adineradas, mujeres desafortunadas, muchas de ellas, que han sido privadas por su riqueza de sus ocupaciones y tareas tradicionales —las que no pueden encontrar suficiente diversión, cuando se ven privadas del estímulo de la necesidad económica, de guisar, lavar y coser, mientras son totalmente incapaces de encontrar algo más divertido.

Para aquellos que sudan su pan de cada día el ocio es un deseo, hasta que lo consiguen.

Hay un epitafio tradicional, escrito por ella misma, de una mujer de la limpieza:

*No llores por mí, amigo, no te apenes nunca
por mí, pues no voy a hacer nada
[nunca jamás.*

Este era su cielo. Como otros que ansían el ocio, esa mujer se imaginaba lo estupendo que sería pasar el tiempo escuchando, pues hay otra idea, que completaba el epitafio:

*Con salmos y dulce música los cielos
[estarán sonando.
Pero yo no tendré nada que hacer
[con el canto.*

Sin embargo sólo para aquellos que tienen algo que ver con el canto la vida será tolerable, ¡y son pocos los que pueden cantar!

Así, por primera vez desde la creación del hombre éste se enfrentará con su problema real y permanente —cómo usar su libertad de los afanes económicos acuciantes, cómo ocupar su ocio— que la ciencia y el interés compuesto le habrán ganado, para vivir sabia y agradablemente bien.

Los incansables fabricantes de dinero pueden llevarnos con ellos hasta el regazo de la abundancia económica. Pero serán aquellas personas que pueden mantenerse vivas y cultivarse hacia un mayor perfeccionamiento, el propio arte de la vida y no venderse por los medios de vida, las que serán capaces de disfrutar de la abundancia cuando ésta llegue.

Sin embargo no hay país ni hay persona, creo yo, que pueda mirar hacia la era del ocio y de la abundancia sin temor. Porque hemos sido preparados demasiado tiempo para luchar y no para disfrutar. Es un problema terrible para una persona corriente y moliente, sin dotes especiales, ocuparse en otras cosas, especialmente si ya tiene sus raíces echadas en el suelo o en la costumbre o en las amadas convenciones de la sociedad tradicional. A juzgar por la conducta y los logros de las clases ricas hoy día en cualquier lugar del mundo, la imagen es deprimente. Pues esos son, por decirlo así, nuestras avanzadillas —aquellos que están espiando la tierra prometida para el resto de nosotros y formando su campamento allí—. Porque, en mi opinión, la mayoría de ellos han fracasado desastrosamente (esto es: quienes perciben una renta independiente, pero sin deberes ni condiciones para su disfrute) en sus intentos de resolver el problema que se les ha planteado.

Estoy seguro de que, con un poco más de experiencia, usaremos el botón recién adquirido de la naturaleza de manera muy diferente de la forma en que el rico lo usa hoy y organizaremos un plan de vida totalmente distinto del que ellos tienen.

Durante muchos años futuros el viejo Adán será tan fuerte dentro de nosotros, que todo el mundo necesitará *hacer* algún trabajo, si quiere estar contento y satisfecho. Haremos

más cosas para nosotros mismos, que es lo que es corriente en el rico de hoy, que solamente se alegra por tener pequeños deberes y rutinas en que ocuparse. Pero además de esto, procuraremos untar la mantequilla sobre la loncha delgada de pan —hacer cualquier trabajo que todavía se tenga que efectuar tan ampliamente compartido como sea posible—. Turnos de tres horas o semana de quince horas pueden eliminar el problema durante mucho tiempo. Porque tres horas al día es bastante para satisfacer al viejo Adán que hay dentro de la mayoría de nosotros.

Hay también cambios en otras esferas que debemos esperar que se produzcan. Cuando la acumulación de riqueza ya no sea de gran importancia social, habrá grandes cambios en los preceptos morales. Podremos librarnos de muchos de los principiosseudomorales que han pesado durante doscientos años sobre nosotros, siguiendo los cuales hemos exaltado algunas de las cualidades humanas más desagradables, colocándolas en la posición de las más altas virtudes. Podremos permitirnos dar al motivo del dinero su verdadero valor. El amor al dinero como posesión —a diferencia del amor al dinero como un medio de gozar de las realidades de la vida— será reconocido por lo que es, una morbidez algo odiosa, una de esas propensiones semidelictivas, semipatológicas, que uno entrega con un encogimiento de hombros a los especialistas en enfermedades mentales. Todas las clases de costumbres sociales y prácticas económicas, que afectan a la distribución de la riqueza y de las recompensas económicas, y las sanciones económicas que ahora mantenemos a toda costa, porque son terriblemente útiles para promover la acumulación de capital, serán descartadas, si es que no quedamos libres de ellas.

Naturalmente, todavía habrá mu-

chas personas con pretensiones intensas e insatisfechas, que perseguirán ciegamente la riqueza —a menos que puedan encontrar algún suceso plausible—. Pero el resto de nosotros ya no estará bajo una obligación de aplaudirles y alentarles. Porque investigaremos más curiosamente qué es lo que hay en el verdadero carácter de esas pretensiones, con las que en grados distintos la Naturaleza nos ha dotado a la mayor parte de nosotros. Porque pretensión significa que estamos más preocupados por los resultados futuros lejanos de nuestros actos que de su propia calidad o sus efectos inmediatos sobre nuestro propio entorno. El hombre con «pretensiones» siempre está tratando de alcanzar una inmortalidad ilegítima y engañosa para sus actos, empujando su interés en ellos hacia el futuro. No ama a su gato, sino a las crías de su gata; ni, verdaderamente, a las crías, sino solamente a los gatitos de los gatitos y así para siempre en el reino de los gatos. Para él el jamón no es jamón —a menos que sea jamón mañana y nunca jamón hoy—. De esta manera empujando al jamón siempre hacia el futuro, lucha para asegurar en el hecho de cocerlo una inmortalidad.

Les voy a recordar a este respecto al «Professor» de *Sylvie and Bruno*:

«—Sólo es el sastre, señor, con una cuentecita, dijo una voz meliflua fuera de la puerta.

—Ah, bueno, pronto podré resolver *su* negocio —dijo el Profesor a los niños— si puede esperar un momento. ¿Cuánto es, este año, mi amigo?

Mientras aquél hablaba, el sastre había entrado.

—Bien, se ha estado duplicando durante tantos años, como usted sabe, señor —contestó el sastre con un

poco de aspereza—, que me gustaría el dinero ahora. Son dos mil libras.

—Oh, eso no es nada —observó con descuido el Professor, tocándose el bolsillo, como si siempre llevara por lo menos *esa* cantidad encima—. ¿Pero no le gustaría esperar otro año y convertirla en cuatro mil? ¡Piense lo rico que se haría! ¡Toma, podría ser un rey, si quisiera!

—No sé si me importaría ser un rey —dijo el hombre pensativamente—. Pero me refrescaría una visión del dinero. Bien, creo que esperaré...

—Naturalmente que lo hará —dijo el Profesor—. Hay sentido en *su* cabeza. Ya lo veo. ¡Buenos días, amigo!

—¿Le pagará alguna vez esas cuatro mil libras? —preguntó Sylvie, mientras se cerraba la puerta tras el acreedor.

—*Nunca*, mi querida muchacha —dijo con énfasis el Profesor—. Continuará doblando la cifra hasta que muera. Ves, *siempre* vale la pena esperar otro año para obtener el doble de dinero.»

Quizá no sea accidental que la gente que más hizo por llevar la promesa de la inmortalidad e introducirla en el corazón y esencia de nuestras religiones haya hecho más todavía por el principio del interés compuesto, y esté interesada por la más provechosa de las instituciones humanas.

Nos vemos libres, por lo tanto, para volver a algunos de los principios más seguros y ciertos de la religión y la virtud tradicional: que la avaricia es un vicio, que la práctica de la usura es una fechoría y el amor al dinero es detestable, que aquellos que siguen verdaderamente los caminos de la virtud y la sana sabiduría son los que menos piensan en el mañana. Una vez más debemos valorar los fines por encima de los medios y preferir lo bueno a lo útil. Honraremos a aquellos que nos enseñen cómo sa-

car virtuosamente y bien la hora y el día, las deliciosas personas que son capaces de disfrutar directamente de las cosas, las lilas del campo que no trabajan ni hilan.

¡Pero, cuidado! Tiempo para todos no hay todavía. Por lo menos durante otros cien años debemos simular nosotros y todos los demás que lo justo es malo y lo malo es justo; porque lo malo es útil y lo justo no lo es. La avaricia y la usura y la precaución deben ser nuestros dioses todavía durante un poco más de tiempo. Pues solamente ellos pueden sacarnos del túnel de la necesidad económica y llevarnos a la luz de la abundancia.

Pienso, por lo tanto, en los días no muy lejanos, del gran cambio, el mayor que nunca haya ocurrido en el entorno material de la vida de los seres humanos en conjunto. Pero, naturalmente, ocurrirá poco a poco, no como una súbita catástrofe. Verdaderamente ese cambio ya ha empezado. La marcha de los asuntos simplemente será que habrá siempre clases mayores y mayores grupos de personas en los que los problemas de la necesidad económica prácticamente habrán sido eliminados. La diferencia crítica se realizará cuando esa condición se haya hecho tan generalizada que la naturaleza del deber de uno hacia el vecino de uno haya cambiado. Porque seguirá siendo razonable ser intencionado económicamente para otros, después de que haya dejado de ser razonable para uno mismo.

El ritmo con que podemos alcanzar nuestro destino de bendición económica estará regulado por cuatro condiciones: nuestro poder para controlar la población, nuestra decisión para evitar las guerras y las desavenencias civiles, nuestro deseo de confiar a la ciencia la dirección de aquellos asuntos que son propios de la ciencia y la tasa de acumulación fijada por la diferencia entre nuestra producción y nuestro consumo; de esas condiciones la última fácilmente se resolverá por sí misma, si no cumplen las tres primeras.

Mientras tanto, no causará daño alguno hacer pequeños preparativos para nuestro destino, alentando y experimentando las artes de la vida así como las actividades de intenciones.

Es importante en el entretanto no exagerar la importancia del problema económico ni sacrificar a sus supuestas necesidades otras cuestiones de significado mayor o más permanente. La economía será una cuestión reservada a los especialistas —como la odontología—. ¡Qué gran cosa sería que los economistas consiguieran que se les considerara como personas competentes, modestas y útiles, como hoy se piensa de los odontólogos!

JM Keynes